

**El campo y la ciudad en *Mientras agonizo*, de William Faulkner,
y *De tu tierra*, de Cesare Pavese**

Verónica Laura Chertcoff (IES LV “JRF” - UNCOMA)

La literatura norteamericana: refugio de un joven italiano

En la Italia fascista de los años treinta, Cesare Pavese fue un gran admirador y promotor de la literatura estadounidense. Oriundo de Santo Stefano Belbo, un pueblo campesino al norte de Italia, Pavese se mudó con su familia a Turín donde siguió la carrera de Letras. En estos años de universitario, creció su interés por la literatura norteamericana, que estaba muy presente en el horizonte del grupo de jóvenes que integraba, guiado por el profesor Augusto Monti. “Hacia 1930, cuando el fascismo empezaba a ser ‘la esperanza del mundo’, algunos jóvenes italianos descubrieron en sus libros a Norteamérica, una Norteamérica reflexiva y bárbara, feliz y pendenciera, disoluta, fecunda, cargada con todo el pasado del mundo y al mismo tiempo joven, inocente” (Pavese, 1975).

En un contexto de hegemonía de la cultura fascista, leer literatura norteamericana, estudiarla y traducirla, constituía un acto de rebeldía y, como tal, no era bien recibido por el régimen. Cuando Pavese presentó su tesis sobre Walt Whitman para completar sus estudios, el titular de la cátedra de Literatura la rechazó. Su insistencia consiguió que fuera aceptada más tarde por otro profesor y, tras graduarse, Pavese se desempeñó como redactor y traductor. Tradujo al italiano a numerosos autores estadounidenses, como Herman Melville, Sherwood Anderson, Gertrude Stein, Sinclair Lewis, Ernest Hemingway y William Faulkner.

Parece inevitable entonces que la literatura estadounidense influyera en la obra del autor italiano. Son cuantiosos los temas comunes que podrían rastrearse entre la obra de Pavese y sus tan estudiados autores norteamericanos. Este trabajo realiza un análisis contrastivo entre su novela *De tu tierra* (1941) y la obra *Mientras agonizo* (1930), de William Faulkner, centrándose en el tópico pavesiano del campo y la ciudad, que también puede hallarse en la obra faulkneriana.

Del campo a la ciudad en *Mientras agonizo*

En *Mientras agonizo*, las voces de quince personajes distintos construyen, a razón de una voz por sección, la historia del viaje épico que realiza una familia campesina pobre del sur de los Estados Unidos —los Bundren— hacia la ciudad. Si bien el motivo explícito del viaje es cumplir la promesa de enterrar en Jefferson a Addie Bundren, la madre de la familia, los monólogos interiores en seguida revelan que los personajes tienen razones personales secretas para viajar a la ciudad. Por ejemplo, Dewey Dell, la única hija mujer, pretende adquirir medicamentos que le permitan interrumpir su embarazo no deseado y el padre de familia, Anse, tiene intenciones de arreglar su dentadura y conseguir una nueva esposa.

La vida campesina es sumamente difícil. Los Bundren trabajan asiduamente su campo pero apenas logran subsistir. Es en virtud de la necesidad de sobrevivir que dejan de lado las leyes sociales. La cabeza de la familia, Anse, no llama inmediatamente al médico cuando la esposa enferma porque teme que le cobre la visita a domicilio y, más tarde, los hermanos Bundren no pueden despedirse de su madre agonizante porque deben hacer una diligencia para ganar dinero. Un hijo que se rompe la pierna significa menos fuerza de trabajo, lo mismo que la esposa muerta. Cuando el padre presenta su nueva esposa a la familia, al final de la novela, se produce un efecto de ironía y humor: apenas ha enterrado a la mujer fallecida y ya hay otra que ocupa su lugar. Sin embargo, una esposa nueva, que cocine, cuide a los niños y haga las tareas domésticas, es imprescindible en la vida campesina familiar. También son indispensables las herramientas de carpintería del hijo mayor, la desgranadora y la sembradora del padre: objetos simbólicos relacionados con la forma en que los Bundren sobreviven, cuya venta o pérdida representa un duro golpe a la economía familiar.

El campo, regido por las reglas de la naturaleza, les es siempre hostil. Al respecto se queja el médico que viene de la ciudad para atender a Addie: “He aquí el inconveniente de esta tierra: todas las cosas, el clima, absolutamente todo, persisten demasiado. Nuestro campo es lo mismo que nuestros ríos: opaco, lento, violento; modela y crea la vida del hombre a su imagen y semejanza: implacable, taciturna”. (56) Muestras del poder de esta naturaleza hostil son las catástrofes de dimensiones bíblicas (inundaciones e incendios) que debe superar la familia para poder llevar el ataúd a la ciudad. Al final de la novela, cuando la familia regresa a su punto de partida, han gastado el dinero de Cash, así como el de Dewey Dell, han perdido las mulas

(ahogadas), el caballo (vendido para comprar nuevas mulas, se puede suponer, de peor calidad) y han hipotecado las herramientas fundamentales para trabajar la tierra. En otras palabras, podemos suponer que los Bundren se encuentran al borde del descenso social: a punto de perder lo único que les queda, sus pocas tierras¹.

Dos clases diferenciadas se corresponden con los territorios del campo y la ciudad en la novela. Por un lado, están los campesinos blancos y pobres, dueños de pequeñas tierras o arrendatarios, que guardan una relación estrecha entre ellos, unidos por las costumbres y el sentido de comunidad. Por otro lado, la sociedad comercial interracial de la ciudad, anónima y dividida en clases. No hay casas señoriales ni campesinos con un buen pasar económico en la novela, ni siquiera ricos sureños en decadencia, un tema muy común en el mundo faulkneriano: la clase pudiente está en la ciudad. Desde un punto de vista infantil, Vardaman, el menor de la familia, reflexiona sobre su pobreza campesina en contraste con la pujanza de la ciudad: “Padre dijo que la harina, el azúcar y el café cuestan mucho. Pues yo soy un chico de campo; pues hay chicos de ciudad. (...) ¿Por qué costará tanto la harina, el azúcar y el café cuando se es un chico de campo?” (75).

En virtud de esto, quizás podría leerse la novela como una denuncia de la miseria que sufre el campesinado, pero lo cierto es que no hay muestras de una intención de lucha de clases. Los personajes se quejan de su miseria, pero sin culpar a la clase dominante. Anse, en su primera intervención, culpa a los “caminos” de la enfermedad de la esposa, lo que implica culpar a la progresiva urbanización, pero no exactamente a la clase acaudalada de la ciudad. Más adelante, ante las calamidades naturales, culpa a la mala suerte. Cuando la acomodada señorita Levingston cambia de parecer y cancela su pedido de unas tortas a Cora Tull, vecina de los Bundren, su amiga Kate dice las únicas palabras en la novela que podrían interpretarse como una clara denuncia contra la clase poderosa: “Claro que estas señoronas ricas de la ciudad pueden cambiar de parecer. Los pobres, no” (25). Pero en seguida, Cora desmerece el comentario: “Las riquezas no son nada a los ojos de Dios, pues Él sabe ver dentro de los corazones” (25).

Lo primero que los Bundren ven al llegar a Jefferson son los cables telefónicos y la torre del reloj del Tribunal, que evocan ideas de modernidad y civilización. La familia irrumpe en este orden civilizado y lo perturba. Los vecinos de Jefferson se percatan inmediatamente de la presencia de los forasteros por el olor pestilente que emana del carro. La idea de trasladar el cadáver, que un vecino define como “un pedazo

de queso podrido que hubiera ido a caer en un hormiguero” (199), es incomprensible para los ciudadanos, lo mismo que la idea de sujetar con cemento la pierna rota de Cash, el hijo mayor. La aventura de la familia en la ciudad es breve: un policía en seguida los echa y reestablece el orden.

Los Bundren son percibidos como salvajes, un concepto que el lenguaje refuerza en toda la novela, por ejemplo, a través de descripciones grotescas de los personajes. Anse no tiene dientes, sus pies “están desfigurados por completo –sus dedos entumecidos, ganchudos y engarabitados, sin nada de uña en los meñiques” (28), “sus ojos, perdidos en el horizonte, parecen dos carbones gastados y metidos en su rostro” (44), que es el de una “estatua grotesca, tallada en mala madera por un caricaturista borracho” (161) y tiene “los pelos revueltos y desgredados en la cabeza como los de un gallo mojado” (56). Los animales son clave en la novela y las animalizaciones contribuyen a asociar a los campesinos con lo salvaje.

En cuanto a las mujeres Bundren, nunca son descritas en tanto a su belleza, al menos no en el sentido convencional. El dueño de la farmacia a la que acude Dewey Dell piensa que ella tiene una belleza “entre adusta y desgarbada” (193) y que es mucho más linda al natural que con cualquier producto de belleza que pueda llegar a comprar. Por lo tanto, si se hace alusión a la hermosura de la mujer campesina, se trata siempre una belleza no convencional. Addie Bundren, la madre muerta, es el otro personaje femenino que da cuenta de la vida doblemente dura de la mujer campesina en su única intervención, en la sección 40. Revela que vive la maternidad como una tortura, una “violación” de su soledad (168). La infidelidad al marido, de la cual resulta Jewel, el tercer hijo, es una forma de rebelión, un escape al papel que estaba obligada a cumplir como mujer en los años 20: madre y esposa devota.

De la ciudad al campo en *De tu tierra*

En esta novela, el viaje no tiene las características épicas del de *Mientras agonizo*: no hay inundaciones, ni contacto con el mundo de los muertos. El movimiento migratorio es inverso: Berto, quien narra la historia, es un obrero turinés, recién salido de la cárcel, a quien su compañero de celda, Talino, persuade de mudarse al campo. El convencimiento no ocurre inmediatamente y ambos personajes pasan un día en la ciudad de Turín. Las calles, las avenidas, el café, el prostíbulo y el billar trazan la

cartografía de la ciudad. Ante la falta de oportunidades laborales, Berto decide acompañar a Talino a Monticello. Se sumerge así en un universo que se rige por modos de vida que le son ajenos, rodeados de secretos familiares que ignora. Se introduce así el tópico del “burlador burlado”, ya que toda la astucia de hombre de ciudad poco y nada le vale en el campo.

La vida rural en Monticello es igual de precaria que la de Yoknapatawpha. La familia de Talino está compuesta por su madre, su padre, cuatro hermanas y los hijos de ellas. “La tierra come más que nosotros”, explica Vinverra, el padre de la familia, “... no basta con el esfuerzo. Hay que gastar lo poco que se gana para tenerla preparada para el año siguiente” (33). Una vez más, los hijos equivalen a fuerza de trabajo: “Se podría sobrevivir”, continúa la explicando, “si no fuera porque cuando el trabajo aprieta te quitan a los hijos por cualquier tontería” (33). Como en *Mientras agonizo*, la familia campesina es una unidad productiva gobernada por el patriarca, cuyas órdenes siempre deben ser acatadas. A medida que avanza la novela, aunque sin detenerse en ello, el narrador deja entrever el incansable trajinar de hombres, mujeres y niños, que amasan, cocinan, buscan agua, cargan heno, trillan, etc. (Swiderski: 2005, 5).

En cuanto a la descripción física de los personajes, se insiste en que caminan descalzos (como los Bundren) y que tienen la piel dura y oscura. Los cuerpos muestran el desgaste físico producido por el trabajo rural: la madre de la familia parece una abuela y la hija de veinte años tiene “la piel de un hombre de cuarenta” (37). Talino es tosco, bruto y aparece animalizado con frecuencia de forma que se identifique lo campesino con lo bestial. Tiene además un habla propia del campo, un código que comparte con los demás campesinos, del que el turinés Berto no pierde oportunidad de burlarse, pero que en ocasiones resulta un verdadero impedimento en la comunicación con su ex compañero de celda.

Las mujeres de la familia de Monticello tienen una vida igual de difícil que las Bundren. “Lo hacen todo ustedes”, le dice el turinés a Adela, una de las hermanas de Talino, “lo del campo y lo de la cocina” (45). Las cuatro son descritas como robustas, duras y machonas. Se distingue entre ellas Gisella, por poseer una belleza “natural” al estilo de Dewey Dell. Es “la menos maciza y la menos negra” (37), según Berto, y también la más rebelde. Se le atribuye además una sensualidad que no tiene ninguna de las mujeres de *Mientras agonizo*, asociada con la naturaleza, la producción del campo y, sobre todo, las colinas. El siguiente fragmento es especialmente revelador en tanto que se utiliza este mismo elemento del paisaje para aludir a la voluptuosidad de la joven

Bundren, pero no hay nada relativo a la sensualidad o belleza: “El empapado vestido de Dewey Dell, que sigue en cuclillas, modela a los ojos turbios de tres hombres cegados esas grotescas redondeces mamarias que constituyen los horizontes y los valles de esta tierra” (162).

En el mundo campesino, las mujeres son víctimas de violencia por parte de los hombres, en especial, de violencia sexual. Esto es clave en el argumento de *De tu tierra* y está presente en *Mientras agonizo*, en la violación sexual de Dewey Dell en la ciudad (además de ser un tema común en la obra faulkneriana en general). La “tontería”, retomando las palabras de Vinverra, por la que Talino ha ido a la cárcel es haber quemado la casa de un vecino y este delito, se devela más adelante, está vinculado a la relación incestuosa que mantiene con su hermana Gisella, uno de los “temas ocultos” en torno a los que gira la novela. Toda la familia sabe que Gisella es víctima de la violencia del hermano, pero nadie hace ni dice nada al respecto. Cuando esta muere asesinada por el hermano, que le clava la horquilla en el cuello, una muerte que recuerda a la de Milly en “Wash Jones”, de Faulkner, no hay tiempo para velorios ni duelos porque al día siguiente se debe trillar el campo. Como en *Mientras agonizo*, los tiempos de la naturaleza priman sobre las leyes sociales o del decoro.

Conclusiones

El campo y la ciudad del universo faulkneriano guardan importantes diferencias con el de Pavese. En las obras de Faulkner, no se puede dejar de lado el contexto de los Estados Unidos de fines de los años veinte, en el que la ciudad se encuentra asociada a la industrialización del norte capitalista y se contrapone al retraso del “somnoliento” sur agrario que no logra recuperarse de la derrota de la Guerra Civil. No podemos olvidar que los Bundren representan a la clase de los campesinos pobres blancos. De la misma manera, si se tiene en cuenta el contexto de producción, el campo de Pavese puede leerse a la luz de los problemas específicos de la sociedad campesina en Italia, quizás hasta como un contradiscurso ante la propaganda fascista, que promocionaba la ruralidad idealizada.

No obstante, estas diferencias no impiden que tracemos paralelismos entre las obras de uno y otro, y hallemos puntos de contacto. El choque de culturas campo-ciudad que tiene lugar cuando Berto se muda a Monticello es análogo al que se produce cuando

los Bundren llegan a Jefferson. La caracterización física de los personajes campesinos (descritos en términos grotescos y con frecuencia animalizados) y sus formas de vida —o más bien formas de supervivencia en un entorno de pobreza extrema— son elementos comunes a ambas obras. Podemos caracterizar el espacio del campo como desidealizado: opuesto al Jardín del Edén (sencillo, natural, anterior a la caída) o al de la Edad de Oro clásica, en la que la naturaleza cubría todas las necesidades de los hombres y no hacía falta trabajar, o al tópico del *beatus ille*, en que el campo es un lugar natural, tranquilo y libre de la corrupción de la ciudad (Williams, 2001).

El hecho de que los espacios del campo y la ciudad estén claramente delimitados y presentados en oposición no quiere decir que los campesinos vivan asilados del progreso urbano. Al contrario, el avance del sistema mercantilista sobre el campo de subsistencia es un tema presente en ambas obras. En *Mientras agonizo*, los Bundren comercian con la ciudad: venden sus productos (madera, tortas, huevos) y compran otros. Un objeto simbólico clave que da cuenta del progreso es el gramófono (que el hermano mayor, Cash, ahorra para comprar). En *De tu tierra*, el elemento más representativo es la “máquina”, la trilladora que Berto va a operar y que genera asombro y desconcierto a la comunidad campesina.

Otra característica compartida por las dos obras es el registro diferenciado de los campesinos. Pavese construye la lengua campesina divergiendo del italiano conceptual, áulico, y dándole matices de dialecto regional, pero sin caer completamente en él. Este logro lingüístico es el mismo que él celebra en algunos de sus ensayos sobre escritores norteamericanos², a quienes admira por su creación de una lengua renovada, un “norteamericano vulgar”, que no llega a ser regionalismo puro. No incluye entre estos autores a Faulkner, aunque podría haberlo hecho sin problema³.

Nos detuvimos también en el tema de la mujer campesina, estudiada en base a los personajes faulknerianos de Dewey Dell y Addie Bundren, y de Gisella y sus hermanas en *De tu tierra*. Determinamos que no son poseedoras de belleza, a excepción de una belleza “natural” o “salvaje”. Su principal atributo es su capacidad reproductiva, y en un plano secundario su fuerza de trabajo, ya que nadie es prescindible en el campo. En ambas obras, encontramos muestras de rebelión al papel asignado socialmente: las dos Bundren tiene relaciones sexuales extramatrimoniales y Gisella de Monticello se defiende de la violencia del hermano y persigue su propio interés amoroso.

Por último, tanto la novela Pavese como la de Faulkner giran en torno a “temas ocultos” que están detrás de la historia superficial y que se relacionan entre ellos (el

incesto, la violación, la miseria campesina, el hijo bastardo). Estos temas —podría argumentarse— no se limitan a estas dos novelas: se repiten incesantemente en el mundo ficcional que cada uno de los dos autores. En esto consiste la “monotonía de narrar” sobre la que elabora Pavese (1975): “Narrar es sentir en la diversidad de lo real una cadencia significativa, una clave no resuelta del misterio, la seducción de una verdad siempre a punto de revelarse y siempre huidiza. La monotonía es garantía de sinceridad”. El tema que se desprende de nuestro análisis es la existencia de un territorio campesino primitivo, salvaje, en el que gobiernan las leyes de la naturaleza y los instintos, que determina a sus habitantes y que es construido en oposición a la ciudad, espacio supuestamente civilizado, racional, pujante y moderno.

Bibliografía

- Faulkner, William. *Mientras agonizo*. Madrid: Aguilar. 1954.
- Pavese, Cesare. *De tu tierra*. Cesena: Arci Solidarietà Cesenate. 2001.
- . *La literatura norteamericana*. Buenos Aires: Siglo Veinte. 1975.
- . “Faulkner, cattivo allievo di Anderson”. *La Cultura*. Abril, 1934.
- Swiderski, Liliana. “Campesinos y obreros: imágenes del mundo rural”, en *Paesi Tuoi*, de Cesare Pavese”. 2005.
- Williams, Raymond. *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós. 2001.

Notas

¹ Si bien esta familia representa a la clase de campesinos pobres blancos, se debe tener en cuenta que existen distintas subclases en este grupo. Considerando los otros linajes faulknerianos, el clan Sartoris, por ejemplo, estaría por debajo de los Bundren, que son dueños de sus tierras.

² En el prólogo a *Literatura norteamericana y otros ensayos*, que reúne la obra ensayística de Pavese, Ítalo Calvino cita los fragmentos en los que Pavese destaca la construcción que algunos de sus autores norteamericanos hacen de un dialecto “norteamericano vulgar” sin caer en el regionalismo. Estas observaciones llevan implícitas un programa de renovación de la prosa italiana.

³ Pavese destaca de Faulkner, a quien le dedica un ensayo en 1934, otro aspecto de su estilo: su “distanciamiento”, su capacidad de narrar “desde lo alto” sin hacer concesiones ni juicios de valor, lo que le vale el epíteto de “ángel sin almas a su cuidado” (Pavese, 1934).